

«Estos dos pilones se hinchan de agua de diferentes maneras: el uno viene de más lejos por muchos arcaduces y artificio; el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua y vase hinchando sin ningún ruido; y si es el manantial caudaloso, después de henchido este pilón procede un gran arroyo, ni es menester artificio, ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí. Lo que viene por los arcaduces es a mi parecer los contentos, que se sacan con la meditación, porque los traemos con el entendimiento, y hacen ruido si ha de haber provechos. La que viene de su mismo nacimiento véase revirtiendo no sé hacia dónde ni cómo ni con qué deleite hasta llegar al cuerpo, todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad y entiende una fragancia que le llega del interior como si tuviese un brasero donde se echasen olorosos perfumes. Es verdad, yo he pasado por esto, con la memoria, la inteligencia y la voluntad embebidas y como espantadas... En este camino a conocerse a sí mismo, quien menos piensa y quiere hacer, hace más; cuando por este secreto camino parece que empezamos a oírnos, entonces es bien callar. Estas obras interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa penosa, antes daña que aprovecha; llamo penosa cualquier fuerza que nos queramos hacer, como sería pena detener el aliento. El mismo cuidado que se pone en no pensar nada, quizá despierte el pensamiento a no pensar mucho.»

Harto conocido es un ingrediente básico de la mentalidad social y moral de Corpus Barga, su simpatía por un anarquismo idealizado. Y al tratar de esta erupción incontrolable, al final, atina en la premonición:

«—...Y la inferioridad política de España explica la fuerza que aquí tiene el anarquismo. Los políticos, los periódicos, la sociedad aquí son también anarquistas. Son la anarquía mansa. Usted mismo es un ejemplo muy característico de anarquista.

—A mí, las bombas de Barcelona me interesan por el misterio, por lo folletinesco. Y los anarquistas, por su fuerza de hombres de acción.

—Es lo más europeo que tenemos en España. Nuestro siglo va a ser, lo es ya, el siglo de las bombas.»

En *Los pasos contados*, fruto de un excepcional cronista literario, el cuarto volumen con que se cierra la obra impar (los apéndices que como tales se han agregado y que describen figuras representativas o brillantes quizá podrían haber formado un libro específico, netamente epilodal, a pesar de las muchas páginas inconclusas o apresuradas, ¡esa angustia del término vital amenazador!, donde faltan revisiones y perfiles detallistas.)

«Los galgos verdugos»

Es con profunda tónica autobiográfica, el más novelesco. Porque los tiempos se entrecruzan y la mirada y los sentires que pretenden (patetismo al canto, por pudor literaturizado), reconstruir la realidad situacional de su casta —ámbito, protagonistas, trama que aúna lo palpable y los otros sentidos— y un rumor de fantasía e imaginación, ante la casa solariega de Benalcázar, petrificación de la ruina, voces supervivientes pero capaces de resucitar, en estremecidos vislumbres, la prestancia y los entresijos del pasado.

Este carácter lo presupone ya el fantasmagórico, vivaz y alicaído diálogo ferroviario en que el libro se abre de capa. ¡Hasta qué punto se mezclan aquí la convicción y la relativizada incertidumbre! El mero recorrido por sus ondulaciones sería inapropiada glosa para este hondo contexto. Baste señalar que en el despliegue y articulación narrativos representa una de las más emocionadas y renovadoras creaciones de la novelística española del siglo XX. Escasas veces vibró de esta suerte, en cabal contar, el retorno transitivo del anciano escritor exiliado.

Los andaluces en el género rememorador

No fue cabo suelto y tampoco casual, sino deliberada referencia haber traído a colación el buido juicio del madrileñísimo Corpus Barga sobre Andalucía. Porque una singularidad cultural tan rica, y en no pocas ocasiones ilustres mal interpretadas como las de aquellas tierras y gentes, de mi origen, ofrecen una orientación bien apreciable del género rememorador, en los últimos años de España y de sus descoyuntamientos y armonías.

Es, al menos, importante reparar en que —lo mismo que en la procedencia del destierro— muestren indicador predominio numérico andaluces de pro, los escritores que también nos brindan y con sabrosos jugos diferenciales, crónicas y cuadros autobiográficos y óleos de los avatares que protagonizaron, compartieron o reseñan. Datos a considerar su posición inicial de miembros de familia de clase media, desahogadas y luego venidas a menos, por lo común. El centralismo los desplaza, a casi todos en primera fase, a Madrid, a los magnéticos estamentos alfonsinos, teatro de las vocaciones en liza y soñado imán de la fama concebible, a la sazón. Y salvo un caso, de fijación y edad, les mueve, ideológica, intelectual o éticamente, por elección y destierro, una inquietud viajera que concreta su asunción, generalmente latinoamericana, gracias a un anhelo universalista, en lo literario y en lo humano.

Rafael Cansinos-Asséns —nacido en Sevilla—, con portentoso don de lenguas, que lo especializa y hasta cierto grado confina en célebres traducciones, puede estimarse, por el peso de los años y las urbanas nocturnidades, el patriarca. Nos deja uno de los más fidedignos testimonios del todavía copioso sector de la bohemia, reminiscente, flecosa, que abarca (en trance de extinción, con sus lepras de anacronismo) en lo aparecido o en vías de publicación, de 1882 al comienzo de la guerra mundial. Justo su título, que quizá otros concibieron para sus adentros: *La novela de un literato*. De cabal complementación el subtítulo (hombres, vidas, efemérides, anécdotas) al que clavan banderillas los socorridos puntos suspensivos. El buen amigo Jaime Maestro Aguilera nos comentaba, no ha mucho, que en la época del ocaso de Cansinos-Asséns fue, acompañado por un condiscípulo (averiguado el domicilio, gracias a la guía telefónica) a expresarle su reverencia por las versiones de maestros de la literatura universal, que a su pluma y conocimiento y laboriosidad se deben, en las «obras completas» editadas por Aguilar, para la jugosa venta a plazos. Tan absoluto era el olvido en que Cansinos agonizaba lentamente, en la decoración de un mobiliario vetusto, pero que aspiró a ser pomposo, que los recibió con efusión, entre asombrado y conmovido.

Granadino Francisco Ayala, aunque él no lo considere uno de sus caracteres determinantes, quizá en ello radique su inclinación de adaptar en sí y adoptar para sí lo iberoamericano. Algo incuestionable, pero que ofrece una plausible modalidad de su talante, de pareja manera que su catalogación del exilio como accidental y secundario («no fue tan duro como se ha dicho»), lo que contradice, palmaria la buena ley, las porciones nutricias de su «corpus» narrativo de mayor significación y enjundia. Y al presentar sus *Recuerdos y olvidos* define:

«La biografía de un escritor son sus escritos mismos. En ellos se encuentra el sentido de su existencia y si la noticia de tales o cuales pormenores sirve para algo será acaso para ayudar a interpretarlos.»

Opinión que armoniza con la de José Moreno Villa, al escribir éste en 1944:

«Las mejores biografías de los artistas son sus obras. En ellas están fijadas sus vidas, sin comentarios ni errores.»

De la Andalucía Oriental: Francisco Ayala, espíritu de adentrada tierra y circundantes montañas; José Moreno Villa, con una infancia de cara al mar plácido y en predisposición viajera.

Literatura, traducciones, fabulación

Los occidentales, por lo pronto Rafael Cansinos-Asséns, que se preciaba —y hasta cierto punto magnificaba e inventaba— de sus antepasados judíos, un modo de asentamiento histórico, el mito inspirador y, a trechos, un clima interior de paraíso comunal perdido. (Rafael Alberti sabe unir su ascendencia italiana con las sales y destellos que habrían de modelar su talento y garbo —letrados, cantados— en el Puerto de Santa María, lo gaditano sumo, más los acentos de «la libre pronunciación andaluza».)

Nuevo subrayado, de general aplicación, tras mis humanas versiones del Sur.

La lectura del tomo I de su *Novela de un literato* y del segundo continuador volumen —al que sólo he podido acceder, a fines de 1983, en pruebas de página— encarece que su obra, exponente de una acepción moderna del género memorialista que nos ocupa es, atendida a su carácter de grabados, rayanos en costumbrismo, una radiografía de época, un testimonio histórico.

Porque la impresión última, reveladora, es que al cabo de su coloreado desfile de personajes con ínfulas protagonísticas, éstos no pasan de ser subalternos y hasta corales, un cúmulo de anécdotas y una galería de semblanzas, que revisten un corte teatral, comparecencia y mutis; a lo que hemos asistido, sobre todo, es al hervidero de una sociedad paciente, de acrecida, retorcida picaresca. Y nos atenaza la sensación de que los colgajos periodísticos crean en ánima y entorno matritenses el juego centralista de la capital del Reino y el bisuteril deslumbramiento que en los provincianos proyecta; constituye un diagnóstico colateral, en múltiples ocasiones de sobria crudeza, índice de una comunidad podrida. Y la insistencia —anecdótica— de trazos despiadados, acusadora de gentes y gentecillas— de Cansinos-Asséns, de envidiable perspicacia y sabroso estilo, a trechos y baches un tanto desaliñado y repetitivo en aferrarse a los límites de ese mundo noctámbulo, pedigüeño y cambala-